

Tres Poetas Españoles.

J. Gregorio Vasquez

Selección y Notas

La casa más secreta del poema

*...de aquello de lo que no se puede hablar,
hay que guardar silencio.
Wittgenstein.*

Brevedad e intensidad juntas, haciendo de los poemas cantos, oraciones, *realidades absolutas*. La poesía es y ha sido un lugar de encuentros, de re-velaciones, un lugar intacto e infinito. La voz de los poetas ha alcanzado el acorde que une al universo, abriendo diálogos, entrando en la interioridad de las palabras y descendiendo a sus escalas.

La presencia del verbo, del silencio, de los dioses que muestran al hombre que es hombre está contenida en la presencia del poeta. Él comunica con palabras aquello que ve su corazón, y con silencios, aquello que nunca podrá apalabrar.

Tres poetas contemporáneos de España, tres voces, tres silencios asistidos por palabras se hacen presentes en este espacio para dejar en él una huella. España nos transmitió una poesía sembrada en sus entrañas y en la del destino de los hombres. Los cantares anónimos del Mio Cid, Berceo, Pedro López de Ayala, Juan Ruiz Arcipreste de Hita, El Marqués de Santillana, Juan de Mena, San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesús, Fernando de Herrera, Fray Luis de León, Juan Boscán, Rodrigo Caro, Góngora, Jorge Manrique, Lope

de Vega, Quevedo, Calderón de la Barca, José Cadalso, Juan Meléndez Valdés, Francisco Martínez de la Rosa, el Duque de Rivas, José Zorrilla, Gustavo Adolfo Bécquer, García Lorca, Rafael Alberti, Luis Cernuda, Pedro Salinas, Vicente Aleixandre, Dámaso Alonso, Miguel de Unamuno, Antonio Machado, Miguel Hernández, Gerardo Diego, hacen de la poesía española un canto trascendente.

Claudio Rodríguez, José Hierro y José Ángel Valente, nos mostrarán en esta selección la belleza y el encanto que brilla en las palabras.

Claudio Rodríguez (1934-1999).

Nacido en Zamora el 30 de enero de 1934. Realizó estudios de primaria en la escuela de *Los Bolos* y bachillerato en el Instituto *Claudio Moyano*. En 1952 se traslada a Madrid para cursar Filosofía y Letras en la Universidad Central donde se licenció en la sección de Filología Románica, en 1957. En 1948 escribe sus primeras composiciones poéticas, y en 1949 en el diario *El Correo de Zamora*, publica su primer poema, **Nana de la Virgen María**. En 1951 empiezan a nacer los primeros versos de **Don de la ebriedad**. Hasta 1958 no publicará su siguiente libro de poemas, **Conjurros**. Viajó a Inglaterra, allí fue lector de español, primero en Nottingham y luego en Cambridge. Estuvo entre 1958 y 1964, y escribió su tercer libro, **Alianza y condena**. En 1976 publicará su cuarto libro, **El vuelo de la celebración**, y en 1983 se edita **Desde mis poemas**, un libro recopilatorio de toda su obra y por el que recibe el Premio Nacional de Literatura. Dos años después en 1985, aparece **Reflexiones sobre mi poesía**, y en 1986 recibe el premio de las Letras de Castilla y León. En 1987 fue elegido miembro de número de la Real Academia Española de la Lengua para ocupar el sillón I, sustituyendo a Gerardo Diego. Fue nombrado Hijo Predilecto de la Ciudad de Zamora (1989) y ya en 1991 publica su último libro de poemas, **Casi una leyenda**. El 28 de mayo de 1993 recibió el Premio Príncipe de Asturias de las Letras. Murió en Madrid el 22 de julio de 1999.

En su obra quedan tejidos los vestigios de un lenguaje que busca en la profunda dimensión religiosa y trascendente, cantar la esencia de la poesía.

Don de la Ebriedad (1953)

Libro Primero

I

Siempre la claridad viene del cielo;
es un don: no se halla entre las cosas
sino muy por encima, y las ocupa
haciendo de ello vida y labor propias.
Así amanece el día; así la noche
cierra el gran aposento de sus sombras.
Y esto es un don. ¿Quién hace menos creados
cada vez los seres? ¿Qué alta bóveda
los contiene en su amor? ¡Sí ya nos llega
y es pronto aún, ya llega a la redonda
a la manera de los vuelos tuyos
y se cierra, y se aleja y, aún remota,
nada hay tan claro como sus impulsos!
Oh, claridad sedienta de una forma,
de una materia para deslumbrarla
quemándose a sí misma al cumplir su obra.
Como yo, como todo lo que espera.
Si tú la luz te la has llevado toda,
¿cómo voy a esperar nada del alba?
Y, sin embargo, -esto es un don-, mi boca
espera, y mi alma espera, y tú me esperas,
ebria persecución, claridad sola
mortal como el abrazo de las hoces,
pero abrazo hasta el fin que nunca alfoja.

II

Yo me pregunto a veces si la noche
se cierra al mundo para abrirse o si algo
la abre tan de repente que nosotros
no llegamos a su alba, al alba al raso
que no desaparece porque nadie
la crea: ni la luna, ni el sol claro.
Mi tristeza tampoco llega a verla
tal como es, quedándose en los astros
cuando en ellos el día es manifiesto
y no revela que en la noche hay campos
de intensa amanecida apresurada
no en germen, en luz plena, en albos pájaros.
Algún vuelo estará quemando al aire,
No por ardiente sino por lejano.
Alguna limpidez de estrella bruñe
los pinos, bruñirá mi cuerpo al cabo.
¿Qué puedo hacer sino seguir poniendo
la vida a mil lanzadas del espacio?
Y es que en la noche hay siempre un fuego oculto,
un resplandor aéreo, un día vano
para nuestros sentidos, que gravitan
hacia arriba y no ven ni oyen abajo.
Como es la calma un yelmo para el río
así el dolor es brisa para el álamo.
Así yo estoy sintiendo que las sombras
abren su luz, la abren, la abren tanto,
que la mañana surge sin principio
ni fin, eterna ya desde el ocaso.

Alianza y Condena (1965)

Libro Tercero

Como el son de las hojas del Álamo.

El dolor verdadero no hace ruido:
deja un susurro como el de las hojas
del álamo mecidas por el viento,
un rumor entrañable, de tan honda
vibración, tan sensible al menor roce,
que puede hacerse soledad, discordia,
injusticia o despecho. Estoy oyendo
su murmurado son, que no alborota
sino que da armonía, tan buido
y sutil, tan timbrado de espaciosa
serenidad, en medio de esta tarde,
que casi es ya cordura dolorosa,
para resignación. Traición que vino
de un ruin consejo de la seca boca
de la envidia. Es lo mismo. Estoy oyendo
lo que me obliga y me enriquece, a costa
de heridas que aún supuran. Dolor que oigo
muy recogidamente, como a fronda
mecida, sin buscar señas, palabras
o significación. Música sola,
sin enigmas, son solo que traspasa
mi corazón, dolor que es mi victoria.

Casi una leyenda (1991)

Nunca vi mi muerte tan muerta

Secreta

Tú no sabías que la muerte es bella
y que se hizo en tu cuerpo. No sabías
que la familia, calles generosas
eran mentira.

Pero no aquella lluvia de la infancia,
y no el sabor de las desilusión,
la sábana sin sombra y la caricia
desconocida.

Que la luz nunca olvida y no perdona,
más peligrosa con tu claridad
tan inocente que lo dice todo:
revelación.

Y no puedo ni vivir tu vida,
y ya no puedo ni vivir mi vida
con las manos abiertas esta tarde
maldita y clara.

Ahora se salva lo que se ha perdido
con sacrificio del amor, incesto
del cielo, y con dolor, remordimiento,
gracia serena.

¿Y si la primavera es verdadera?
ya no sé qué decir. Me voy alegre.
tú no sabías que la muerte es bella,
triste doncella.

José Hierro

Nació en Madrid en 1922. Uno de los poetas más representativos de los años cuarenta y cincuenta, fundador de la revista Proel. Ha recibido el premio: *Adonais* por su obra **Alegría** (1947), *Nacional de Poesía* (1953), de la *Crítica* (1958 y 1965), *March* (1959) y *Príncipe de Asturias* (1981). Entre sus libros de poesía figuran **Tierra sin nosotros** (1946), **Con las piedras, con el viento** (1950), **Quinta del 42** (1952), **Estatuas yacentes** (1955), **Cuanto sé de mí** (1957), **Libro de las alucinaciones** (1964), **Agenda** (1991) **Cuaderno de Nueva York** (1991-1998). También es autor del libro en prosa **Quince días de vacaciones** y del texto filosófico **Problemas del análisis del lenguaje moral** (1970). Su obra ocupa un lugar significativo en la poesía española contemporánea. En ella el diálogo permanente del hombre consigo mismo, de la palabra con el silencio, de la vida con la impronta de la muerte.

Tierra sin nosotros (1947)

Destino Alegre

Nos han abandonado en medio del camino.
Entre la luz íbamos ciegos.
Somos aves de paso, nubes altas de estío,
vagabundos eternos.
Mala gente que pasa cantando por los campos.
Aunque el camino es áspero y son duros los tiempos,
cantamos con el alma. Y no hay un hombre solo
que comprenda la viva razón del canto nuestro.

Vivimos y morimos muertes y vidas de otros.
Sobre nuestras espaldas pesan mucho los muertos.
Su hondo grito nos pide que muramos un poco,
como murieron todos ellos,
que vivamos deprisa, quemando locamente
la vida que ellos no vivieron.

Ríos furiosos, ríos turbios, ríos veloces.
(Pero nadie nos mide lo hondo, sino lo estrecho).
Mordemos las orillas, derribamos los puentes.
Dicen que vamos ciegos.

Pero vivimos. Llevan nuestras aguas la esencia
de las muertes y vidas de vivos y muertos.
Ya veis si es bien alegre saber a ciencia cierta
que hemos nacido para esto.

Tierra sin nosotros (1947)

Noche Final (Epílogo)

Ya se han roto las ataduras

Sólo la noche me rodea,
me va robando la memoria
me acuna para que me duerma.

Ahora que ya no la contemplo
para robarle su belleza.
Ahora que siento en mí el cansancio
de nuestras pobres razas viejas.
Ahora que lucho y me rebelo
contra su mansedumbre eterna
y me acuerdo de que algún día
fui tan sin tiempo como ella,
¡qué monólogo desbordado,
qué solloquio sin respuesta,
qué deseo de renacerme,
de entender y de que me entienda,
de borrar pasado y futuro,
de segar mi memoria entera!

Luego, arrojar al negro pozo
lo que de mí evoca y recuerda:
cojín de nieblas matinales
donde apoyaba la cabeza.

Repetimos las mismas cosas,
Recorremos aquellas sendas
Por donde todos los humanos
Dejaron gritos, ecos, huellas
Son las palabras angustiadas
Que un día oyó al nacer la tierra:
"húmedo beso, vida, muerte,
nada importa, me voy y quedas,
ayer desnudos en el campo
y hoy se caen solas las cerezas"

Palabras viejas y cansadas
que nosotros creímos nuevas,
recién nacidas para el canto,
para una dicha siempre nuestra.
Y la noche me va matando,
me acuna para que me duerma.
En cada instante mío pone
siglos de luna, alta y sangrienta.

Nada me importa que yo siembre
y que otros cojan la cosecha.

Pero morirme sin rebelarme,
someterme sin resistencia,
ser por los siglos de los siglos,
sólo luz o sólo tinieblas,
irme cegando de hermosura
hasta dejar de ser materia,
aunque mi premio sea un día
mirar por dentro las estrellas...

Hoja de chopo, onda de río,
sangre mezclada con la tierra.
Y que mi forma sea el barro
que una mano mortal modela.
Niño que juega desnudito,
mínima brizna de la hierba,
todos los peces de los mares,
los animales de la tierra.
Saber que vivo, que palpito
que me enloquezco en la carrera,
que nado mares y anchos ríos,
que escalo cimas, salto cercas,
que desde el fondo de las noches
hay pesadumbre que me acecha.
Sentir en mí todos los soles,
todos los gozos y las penas,
todos los vientos que me mueven,
los dolores que en mí hacen presa...

Sentir, por fin, llegar el alba,
su melodía limpia y fresca,
y barrernos las sombras turbias
que oscurecen nuestras cabezas,
y beber las lejanas brisas
que nos alejan de la tierra
maniatados y adormecidos,
sin saber a dónde nos llevan...

Cuanto sé de mí (1957-1959)

Me he ido desenterrando
todos mis muertos: sombras
compañeras, latidos
sin música, corona
de manos y de lágrimas
lloviendo en la memoria.

He ido desenterrando
mis muertos y mis horas...
(y sus horas), mis muertos
y sus glorias ... (mis glorias).
Dolían en lo hondo
de mi tierra: sus sombras
velaban a la vida
la cara luminosa.

Quedar sin ellos era
Quedar sin mí. ¿No lloran
por mí? ¡Tanto he llorado
yo, por ellos, a solas!
¿Lloran por mí? ¿De su
paraíso me arrojan
con espada de fuego?
¿Qué serán ahora: rosas
pisoteadas, zumbido
de alas de llama, motas
de polvo gris, simiente
sobre la piedra? ¿Lloran
porque han visto la cera
en mis alas de alondra?

Dejé sus pobres huesos
a la luz de la aurora.

Me sentí libre y triste.
Miré la tierra, hermosa
como la primavera,
joven como la novia.

Tierra muda, dispuesta
para cavar mi fosa.

Libro de las alucinaciones (1964)

Epílogo

Cae el Sol

Perdóname. No volverá a ocurrir.
Ahora quisiera
meditar, recogerme, olvidar: ser
hoja de olvido y soledad.
Hubiera sido necesario el viento
que esparce las escamas del otoño
con rumor y color.
Hubiera sido necesario el viento.

Hablo con humildad,
con la desilusión, la gratitud
de quien vivió de la limosna de la vida.
Con la tristeza de quien busca
una pobre verdad en que apoyarse y descansar.
La limosna fue hermosa -Seres, sueños, sucesos, amor-,
don gratuito, porque nada merecí.

¡Y la verdad! ¡Y la verdad!
Buscada a golpes, en los seres,
hiriéndolos e hiriéndome;
hurgada en las palabras;
cavada en lo profundo de los hechos
-mínicos, gigantescos, qué más da:
después de todo, nadie sabe
qué es lo pequeño y qué lo enorme;
grande puede llamarse a una cereza
("hoy se caen solas las cerezas",
me dijeron un día, y yo sé por qué fue),
pequeño puede ser un monte,
el universo y el amor.

Se había olvidado algo
que había sucedido.
Algo de lo que yo me arrepentía
o tal vez, me jactaba.
Algo que debió ser de otra manera.
Algo que era importante
porque pertenecía a mi vida: era mi vida.
(Perdóname si considero importante mi vida:
es todo lo que tengo, lo que tuve;
hace ya mucho tiempo, yo lo habría vivido
a oscuras, sin lengua, sin oídos, sin manos,
colgado en el vacío,
sin esperanza.)
Pero se me ha borrado
la historia (la nostalgia)
y no tengo proyectos
para mañana, ni siquiera creo

que exista ese mañana (la esperanza).
Ando por el presente
(la plenitud en el dolor y la alegría).
Parezco un desterrado
Que ha olvidado hasta el nombre de su patria,
Su situación precisa, los caminos
Que conducen a ella.
Perdóname que necesite
averiguar su sitio exacto.

Y cuando sepa dónde la perdí,
Quiero ofrecerte mi destierro, lo que vale
tanto como la vida para mí, que es su sentido.
Y entonces, triste, pero firme,
Perdóname, te ofreceré una vida
Ya sin demonio ni alucinaciones.

Cuaderno de Nueva York, 1998

Epílogo

Vida

A Paula Romero

Después de todo, todo ha sido nada,
A pesar de que un día lo fue todo.
Después de nada, o después de todo
supe que todo no era más que nada.

Grito "¡Todo!", y el eco dice "¡Nada!".
Grito "¡Nada!", y el eco dice "¡Todo!".
Ahora sé que la nada lo era todo,
y todo era ceniza de la nada.

No queda nada de lo que fue nada.
(Era ilusión lo que creía todo
y que, en definitiva, era la nada).

Qué más da que la nada fuera nada
sin más nada será, después de todo,
después de tanto todo para nada.

José Ángel Valente (1929-2000)

José Ángel Valente, nacido en Orense en 1929 (época de eclosión de cierto número de obras importantes de la generación del 27), perteneció a la llamada generación de la postguerra, es decir, la generación de los poetas que publicaron su primer libro en el año de 1950.

Realizó estudios en las universidades de Santiago de Compostela y Madrid, donde obtuvo el título de licenciado en Filología Románica, desde entonces, comienzan a nacer las publicaciones que le darían lugar meritorio en la literatura española. Así *A modo de esperanza* (Premio Adonais, 1955) y *Poemas de Lázaro* (Premio de la Crítica 1960), lo sitúan entre los jóvenes más prometedores de la poesía de esta generación.

La escritura de estos primeros textos lo va marcando hacia una poética particular, en donde, el rechazo de los sortilegios metafóricos, tono coloquial, atención a los problemas humanos más cotidianos; es decir, en sus propias palabras «*antiformalismo más o menos polémico*» y «*descubrimiento de la necesidad histórica y social de ciertos temas...*» lo diferenciará de los contemporáneos porque, salvo *A modo de esperanza*, toda su obra estará escrita fuera de España.

Valente le da a su obra cierta aura de ambigüedad, cierto tono de posibilidad, cierta esperanza de renovación y de contradicción incluso, que hace que no sea demasiado peligroso aventurarse en su escritura: a sus poemas se les puede interpretar sin temor a la venganza de su sombra porque la palabra que los contiene, es una llama voluble que toma los matices del aire que la soporta.

Los siguientes escritos a *A modo de esperanza*, son: *Poemas a Lázaro* 1960, *La memoria y los signos*, 1966, *Siete representaciones*, 1967, *Breves son*, 1968, *Presentación y memorial para un momento*, 1970, *El inocente*, 1970, *Treinta y siete fragmentos*, 1972, *Interior con figuras*, 1976, *Material memoria*, 1979, *Punto cero*, 1980, *Tres lecciones de tinieblas*, 1980, *Sete cántigas de alén*, 1981, *Mandorla*, 1982, *El fulgór*, 1984; entre sus libros de prosa: *Número trece*, 1971, *El fin de la edad de plata*, 1973, *Nueve enunciaciones*, 1982; sus ensayos: *Las palabras de la tribu*, 1971, *Ensayo sobre Miguel de Molinos*, 1974, y *La piedra y el centro*, 1983. Libros con pintores como: *Emblemas*, con cinco serigrafías de Antonio Saura, 1978, *El péndulo inmóvil*, con tres aguafuertes de Antoni Tàpies, 1982, y *Desaparición figuras*, con doce litografías de Paul Rebeyrolle, 1982. Y las traducciones de: *Constantino Cavafis*, 1964, 1971, y *Versiones de Paul Celan, Eugenio Montale, John Donne, Keats*, entre otros.

La poesía no sólo no es comunicación; es, antes que nada o mucho antes de que pueda llegar a ser comunidad, incomunicación, cosa para andar en lo oculto, para echar púas de erizo y quedarse en un agujero sin que nadie nos vea, para encontrar un vacío secreto, para adentrarnos en una habitación abandonada cuya puerta se pueda cerrar desde dentro sin que nadie en el exterior sospeche que una puerta se disimula en el muro, y para estarse allí en el claustro materno, seguros y escondidos, sin que nadie aparezca, sin que nadie nos saque a la luz pública, desnudos e indefensos, nos saque y nos suplicie y nos repita la sorda letanía cotidiana, la letanía aciaga de la muerte.

Tomado de *Cómo se pinta un dragón*.

Palabra

A María Zambrano

Palabra

hecha de nada.

MIENTRAS PUEDA decir
no moriré.

Rama

en el aire vacío.

Mientras empeñe el hálito
las palabras escritas en la noche
no moriré.

Ala

sin pájaro.

Mientras la sombra de aquel vientre baje
hasta el vértice oscuro del encuentro
no moriré.

Vuelo

sin ala.

No moriré.
Ni tú conmigo.

Órbita

de qué centro desnudo
de toda imagen.

Tomado de *Material memoria* (1979).

Luz,

donde aún no forma
su innumerable rostro lo visible.

Tomado de *Material memoria* (1979).

Vav.

Fuerza: caída sobre sí: sobre sí misma consumida: volvía una y otra vez en busca de su nombre: mas no tenía nombre: respuesta a la que nadie interrogaba: buscaba grietas, surcos: la penetración: recorría superficies hambrienta: lo lineal, lo liso: no se conocía: nada sabía o no sabía más de sí que el de sentirse a sí misma fuerza ciega: se alumbró en lo cóncavo: creció en lo húmedo: entró en las bocas de la tierra: fue concebida: desde el morir al no morir: de sobremuerte: el germen.

Mandorla

Estás oscura en tu concavidad
y en tu secreta sombra contenida,
inscrita en ti.

Acaricié tu sangre.

Me entraste al fondo de tu noche ebrio
de claridad.

Mandorla.

Tomado de Mandorla (1982).

EL CENTRO es un lugar desierto. El centro es un espejo donde busco mi rostro sin poder encontrarlo. ¿Para eso he venido hasta aquí? ¿Con quién era la cita? El centro es como un círculo, como un ti vivo de pintados caballos. Entre las crines verdes y amarillas, el viento hace volar tu infancia. -Detenla, dices. Nadie puede escucharte. Estabas aquí, en donde tú estuviste. Veloz el dardo hace blanco en su centro. Queda la vibración. ¿La sientes todavía?

DE TU ANEGADO CORAZÓN me llega, como antes tu voz, el vaho oscuro de la muerte. Hábitame con ella. Ni siquiera la muerte pueda de mí jamás arrebatar me.

SOBRE LA ARENA trazó con mis dedos una doble línea interminable como señal de la infinita duración de este sueño.

LENTAMENTE. Del otro lado. Yo apenas podía ahora oír tu voz.

EN MIS OJOS se agolpa repentinamente la luz. Como si tú, de pronto, volvieras a la vida.

YO CREÍ QUE SABÍA un nombre tuyo para hacerte venir. No sé o no lo encuentro. Soy yo quien está muerto y ha olvidado, me digo, tu secreto.

UN HOMBRE lleva las cenizas de un muerto en su pequeño atadajo bajo el brazo. Lluve. No hay nadie. Anda como si pudiera llevar su paquete a algún destino. Se ve andar. Se ve una paramera sin fin. Al término, el ingreso devorador lo aguarda del ciego laberinto.

SABÍAS que sólo al fin sabía yo tu nombre. No el que te perteneciera, sino el otro nombre, el más secreto, aquél al que aún pertenecías tú.

QUE ERA la soledad, pregunto, el rostro tuyo al fin frente a la nada, el tiempo que de pronto dejaba de ser tiempo empozado en sí mismo, la línea hiriente de oscura luz que invadía tus ojos y tú empezabas a marchar por ella, sin red y sin testigo, cuando se deslizó la sombra por tu sangre hacia tu adentro y allí te desnaciste.

SOY débil. No sé dónde apoyarme. Vacío está de todo ser el aire. No estás. No estoy. Qué giratorio cuerpo el de la nada.

Tomados de No amanece el cantor (1992).
